

FILLA DE SOLTEIRA

Dolores era una chica de pueblo, como todas las chicas de pueblo por aquel entonces. Tenía veinte años y era alegre y hermosa, quizá más alegre y más hermosa que ninguna, con un cuerpo redondo y joven. Como todas las chicas del pueblo, aprendía junto a su madre los quehaceres propios de las mujeres: cocinar, amasar, coser, bordar, zurcir... Todos los domingos y fiestas de guardar iba a misa, enseñaba catecismo a los niños y ayudaba a limpiar y adornar la iglesia para cada celebración. Dolores era muy cantarina, cantaba cuando amasaba, cantaba en el lavadero, cantaba sallando las fabas, cantaba siempre. Tenía el pelo negro, los ojos risueños, un pecho generoso y un trasero respingón. Tenía novio, Armando, un chico del pueblo alto y guapo que trabajaba en el astillero. Todos los domingos paseaban y tomaban un refresco después de misa, también iban juntos a las fiestas y bailaban sin parar. A Dolores, además de cantar, le gustaba mucho bailar. Fue una noche, en una verbena, cuando Armando le dio el primer beso, arrimados a aquel árbol grande que había junto a la iglesia. Armando le tocó la cintura mientras la besaba, bajó las manos por su espalda, le levantó un poco la falda, le puso las manos sobre las nalgas y apretó contra él. Sintió Dolores un calambre por todo el cuerpo, una oleada de gusto y placer, desconocida para ella. Más tarde, ya en casa, sola en su habitación, recordaba aquella sensación tan nueva y placentera. Aquel cosquilleo era tan hermoso que no podía ser pecado. Se sentía feliz y afortunada. Armando ganaba un sueldo, podrían salir del pueblo e irse a vivir a la villa vecina, más grande y más moderna. Podría tener una casa para ella sola y una vida menos dura que en el pueblo. Pocas chicas tenían aquella oportunidad en un pueblo donde pocas eran las oportunidades.

Poco tiempo después, Dolores perdió la sonrisa. Armando la iba a ver todos los domingos, se sentaban en las escaleras de su casa a cortejar pero ella estaba callada y un poco distante. Como era una chica recatada y modosa, Armando entendió que quizá había sido un poco atrevido con ella y que debería ser más comedido en sus demostraciones de amor. Cuatro meses después, saltó a la luz lo que ya era imposible de ocultar. Aquel vientre crecía como hogaza amasada con masa madre. Los cuchicheos crecieron como la espuma. Dolores, la hija de Rosita, estaba preñada. Su padre, aquel hombre de espalda ancha, con el enorme cigarro de picadura siempre en la boca, la camisa abierta y el olor a trabajo en el cuerpo, se puso como una fiera y le levantó la mano. Su madre se interpuso y la desgracia hizo que le diese un golpe en el ojo y que aquel párpado le quedase caído para siempre. La desgracia y la vergüenza cayeron sobre la familia. Armando, sin decir nada, metió sus ahorros y la escasa ropa que tenía en una vieja maleta de madera y se marchó del pueblo para no volver nunca. Se rumoreó que se había ido a la mina y que la mina y el alcohol acabaron con él.

Dolores se recogió la larga melena en un moño, bajó la cabeza y nunca más miró hacia arriba, encorvó la espalda y dejó de reír y de ser joven de un plumazo. En misa, se arrodillaba en un banco, al lado de la capilla de la Virgen del Rosario que parecía tan

triste como ella. Un día de fiesta, ya con el vientre abultado, el olor del incienso la mareó y se desmayó en la iglesia. Don Amador, el cura, acordó con la madre que Dolores no volviese a misa a exponer su vergüenza. Dios no quería en su rebaño a una pecadora. Así, Dolores se confinó en casa para siempre.

La noche de Nochebuena, en esa noche de paz y de amor, pareciera que Dios aún quisiera castigarla más - porque como decía el cura Dios castiga sin palo ni piedra -, en esa noche, en silencio, sin un solo quejido, Dolores parió a una niña. Era un bebé de mofletes rojos y pelo muy negro y tupido; a Dolores le pareció el ser más feo que hubiera visto nunca. Ponerla al pecho y verla abrir la boca acercándose a ella, le producía una repulsa y un asco que le resultaban insoportables y así, escondida en su cuarto la dejaba llorar y llorar. Aquel llanto estallaba en su cabeza como un demonio negro que se la quisiera llevar al infierno. La abuela, a la que ahora llamaban Rosita, la Tuerta, se dio cuenta del peligro que corría la niña en brazos de su madre y se hizo cargo de ella. La bautizó con agua bendita en una palangana, le puso Rosario, como la Virgen a la que tanto rezaban y comenzó a alimentarla con leche de vaca rebajada con agua, cortada con zumo de limón a la que añadía un poco de azúcar. El boticario le consiguió una tetina de caucho que acopló a una botella pequeña de anís y así la alimentaba, con amor y paciencia, apiadándose de la niña y de su triste madre.

El tiempo pasó; los hermanos de Dolores se marcharon del pueblo en busca de mejor vida y para escapar del estigma que arrastraban, porque Dolores había tenido una hija de soltera. El padre pasaba más tiempo en el bar que en casa y una noche de lluvia volviendo a casa ciego de alcohol cayó en una cuneta y se dio un golpe en la cabeza. Lo encontraron muerto al amanecer.

Una desgracia trae otra desgracia, decía el cura en el entierro. Dolores y Rosita, se vistieron de negro por los siglos de los siglos y fueron saliendo adelante, malviviendo con lo poco que tenían. Rosario creció sana y feliz ajena al drama oscuro y tremendo que se masticaba en aquella casa porque los niños tienen el don de sobrevivir aún entre la pena y la tristeza.

La niña empezó la escuela el año que llegó al pueblo una maestra joven venida de Gijón. Enseguida las malas lenguas le fueron con el cuento de que Rosario no tenía padre, pero Doña Concha, que así se llamaba la maestra, era una mujer de mundo, estudiada, más echada para adelante que cualquier hombre del pueblo y no sólo acogió a Rosario como a su alumna preferida sino que le dio trabajo a su madre en su casa para ayudarlas a salir de su precariedad.

Rosario era muy lista y la maestra animó a su madre a mandarla a estudiar interna en un colegio de monjas, en Sama de Langreo, lejos de las miradas y los dedos ignorantes y maliciosos que la señalaban por donde pasaba. Rosario no tenía de qué avergonzarse, decía Doña Concha y así, a los nueve años se fue interna, lejos del pueblo. Su abuela la despidió entre lloros mientras su madre, que nunca había mostrado afecto alguno hacia ella, permanecía inmutable.

Llegar al internado fue duro para Rosario, echaba de menos el pan de maíz que cocía su abuela, la leche recién ordeñada, el olor de las castañas asadas en el planchón de la cocina. Allí no había nada de eso. La comida le sabía extraña y tenía que dormir sola, sin el calor del colchón de lana y de la abuela Rosita. Se adaptó pronto porque era una niña lista, le gustaba mucho leer y pasaba sus ratos libres en la enorme biblioteca donde los libros hacían más llevadera su vida. Los domingos venían a verla Doña Concha y su marido y se la llevaban a tomar chocolate con churros. Algún fin de semana se la llevaban a su casa. Allí nadie la miraba ni cuchicheaba a su paso y eso ayudaba mucho a que se sintiese bien. En verano volvía al pueblo, cada año le costaba más porque le resultaban doloroso tanto el cuchicheo de las gentes como la indiferencia de su madre, pero el amor a la abuela Rosita, la arrastraba a volver. Pasaron los años y animada y tutelada por Doña Concha, Rosario se hizo maestra.

Aquel verano, ya con su primer sueldo en el bolsillo, decidió volver al pueblo con la cabeza alta, ella no tenía nada de lo que avergonzarse. El autobús la dejó en la parada del bar del pueblo y como vieja costumbre, se paró un momento a leer las esquelas y vio que se había muerto el cura.

La abuela la recibió con lágrimas de alegría y empezó a preparar rosquillas de anís mientras le contaba que había ido al entierro de Don Amador, un pedazo de entierro solemne con misa cantada y nueve curas. Hasta había venido el obispo.

Su madre llevaba todo el día en la cama, con dolor de muelas. Rosario subió a verla, llamó a la puerta y entró sigilosa. Su madre estaba tirada en la cama con una botella de anís de guindas vacía en la mano.

- ¡Madre! ¡Madre!

Dolores abrió los ojos vidriosos y con voz estropajosa dijo:

- Hija mía, hija mía. Perdóname. Muerto el perro, se acabó la rabia.

Aquella tarde Dolores había barrido y fregado la iglesia, el cura la llamó a la sacristía para darle una propina y allí una vez a solas, la cogió y la besó de sopetón, sin mediar palabra, con aquella boca pastosa que apestaba a tabaco. Dolores quedó paralizada, muda y aterrada. El cura le metió la mano entre las piernas y la tocó con aquellos dedos blancos, finos y largos de hombre que nunca ha trabajado la tierra. Dolores creyó morir. La empujó hacía un banco, se levantó la sotana y allí mismo la penetró. La mandó irse, amenazándola con el infierno para ella y toda su familia si decía una palabra.

Dolores salió de allí como una autómatas, muerta de asco, vergüenza y dolor. De camino a casa, se lavó en la fuente del lavadero, allí donde tantas veces había cantado feliz mientras lavaba la ropa; intentaba inútilmente quitarse con agua aquella sensación pegajosa y espesa que sentía entre las piernas y dentro del alma.

Cuando le acabó de contar todo esto, a Rosario le explotaba la cabeza y la ira crecía en sus entrañas y salía en forma de fuego por su cara. Bajó a trompicones las escaleras y

salió como una hidra camino del cementerio. Al llegar, se acercó a la montaña de ramos y coronas que honraban al ilustre difunto. Se bajó las bragas y orinó sobre la tumba.

- A mí no me va a joder la vida, Don Amador. Acabó con mi familia pero conmigo no. Arda Vd. en el infierno, en ese infierno con el que tanto miedo metió.

En una esquina del cementerio estaba Ramón, el viejo enterrador, quitando aún los restos de cemento del caldero y la paleta, con su botella de vino para espantar a los muertos, ya vacía. No daba crédito. Se quitó la boina, se rascó la cabeza, la movió hacia los lados y mirando al cielo dijo:

- ¡Válgame Dios! ¡Menudo sacrilegio! Perdónala señor porque no sabe lo que hace. Ya sabía yo que no iba a traer nada bueno que las mujeres saliesen del pueblo y se fuesen a estudiar.